¡Oh! Es menester que os estén repitiendo: desconfiad de la inclinación que os lleva á *adornaros por agradar*, y así evitaréis muchas ridiculeces, fastidios y remordimien-

Se encontrará otro remedio en los fuertes y amorosos afectos de la familia: la joven que se siente feliz en su casa, casi no tiene ningunas exigencias mundanas.

El mundo es muy poca cosa para aquella á quien su madre le basta.

Resumamos por este axioma, que más tarde deberá servirnos de regla;

La naturaleza pide *lo necesario*;

La razón quiere *lo útil*;

El buen gusto junta á esto *lo agradable*;

El amor propio busca *lo brillante*,

Y la pasión *lo superfluo*.

SEGUNDA PARTE

De las virtudes que hacen á una joven estimable, y de las faltas opuestas á estas virtudes.

CAPÍTULO PRIMERO

DEL AMOR AL TRABAJO

69.—¿En qué consiste el amor al trabajo? Su necesidad.

El amor al trabajo consiste en ocuparnos siempre en alguna cosa de utilidad.

El trabajo es necesario para conservar el cuerpo, pero quizá es más necesario al alma para que no perezca de inanición y de miseria.

bajo como el custodio de la virtud, á la que supone ya en el alma ó la lleva consigo.

Todos los santos han sido muy activos, y las almas que son imperfectas pero activas están seguras

Sin el pecado, el trabajo hubiera sido sólo una ocupación, lo habríamos amado por instinto, así como en los días del ardoroso estío es agradable llevar á los labios una fruta delicada; mas ahora se ha convertido en *una pena*, y he aquí por qué nos causa tanto miedo.

Enderézase delante de nosotros como un *amo* y nos impone su yugo, que pesa sobre nuestras cabezas tanto más cuanto más procuramos sacudirlo.

¡Trabaja!, nos dice Dios, ó te arrojo de mi presencia, como se arroja la rama inútil.

¡Trabaja!, nos dicen nuestros padres, encorvados ellos también bajo esta dura esclavitud: que tu trabajo nos alivie, y que tus manos, preparándonos tranquila vejez, nos prueben que no has sido ingrato.

¡Trabaja!, nos dice la sociedad, ó te veré como un ser degradado, rechazándote de mi seno.

muy superficial en una mujer; mas sólo á Dios es á quien busco, y creo que el estudio y la aplicación son para mí verdaderos medios de conseguirlo.»

2.º *El trabajo endulza la vida.*

¡Trabaja!, nos dice, en fin, nuestra conciencia, ó te entrego al fastidio, esa úlcera que mina sordamente la existencia, como el gusano que destruye poco á poco al cadáver en el sepulcro.

70.—Efectos del trabajo.

1.º *El trabajo santifica la vida.* Ocupa la imaginación para que no vuele á la región de los ensueños, donde se ensuciaría.

Cierra las avenidas del corazón, y no dejes penetrar en él ninguno de esos pensamientos enervantes que obligan á nuestro ángel custodio á llorar por nuestra inocencia.

Siempre ha sido considerado el trabajo como el custodio de la virtud, á la que supone ya en el alma ó la lleva consigo.

Todos los santos han sido muy activos, y las almas que son imperfectas pero activas están seguras

Sin el pecado, el trabajo hubiera sido sólo una ocupación, lo habríamos amado por instinto, así como en los días del ardoroso estío es agradable llevar á los labios una fruta delicada; mas ahora se ha

de rescatar muchas faltas por su asiduo trabajo.

El trabajo aleja al demonio, que, como el ladrón, no se acerca sino durante el sueño del alma ó el espíritu.

Escuchad esta página, escrita por una pensionista:

«Siempre ando buscando una multitud de ocupaciones que no le dejen á mi cabeza tiempo de imaginar, ni á mi corazón de entristecerse.

»¡Cuánto os bendigo, mis amadas maestras, por haberme inspirado esta necesidad de aprender! Si me abrumo de quehaceres, no os ocultaré cuál es mi fin: es el de evitar esa ociosidad, que conduce al pecado, y el de expiar, por una vida arreglada y seria, las faltas que he cometido durante mi infancia y las que cometo aún todos los días á pesar de mis resoluciones. Todo esto me servirá poco para el mundo, que se contenta con una dosis de instrucción

muy superficial en una mujer; mas sólo á Dios es á quien busco, y creo que el estudio y la aplicación son para mí verdaderos medios de conseguirlo.»

2.° *El trabajo endulza la vida.* El trabajo es un deber, y el cumplimiento de todo deber nos trae la felicidad.

El trabajo es el custodio de la inocencia, y quien conserva la inocencia tiene la más segura garantía de gozar una vida dulce y tranquila.

Lo que hace la vida dura es en el interior el fastidio, y en el exterior la falta de estimación.

El trabajo destierra el fastidio y nos atrae la estimación de los demás.

Dios, que ama el descanso lo mismo que la actividad, no ha permitido que sintamos verdaderamente el primero sin que antes haya sido precedido por el trabajo.

71. — ¿En qué clase de trabajos debéis ocuparos?

No tenemos que hablar de la clase de trabajo que debéis ahora emprender, pues en el pensionado os

¡Cuántas veces habéis hecho la experiencia de que el placer de una recreación consiste en haberlo ganado!

3.º *El trabajo utiliza la vida.* ¡Ser útil! Esta palabra, durante la infancia, despierta pocas emociones; pero más tarde sentimos toda la felicidad que nos procura.

Ser útiles es devolver á nuestros padres una parte del bien que nos han hecho.

Ser útiles es aliviar el sufrimiento, versebendecido, sentirse amado, y es, en fin, asemejarse á Dios, eternamente bueno.

El trabajo nos procura todas estas felicidades.

A vuestra edad el trabajo va sembrando y creando en el interior; en la edad madura se verá desarrollar lo que ha producido.

Si actualmente no queréis adquirir nada, cuando más tarde tengáis necesidad de trabajar, entonces os

glada y seria, las faltas que he cometido durante mi infancia y las que cometo aún todos los días á pesar de mis resoluciones. Todo esto me servirá poco para el mundo, que se contenta con una dosis de instrucción

Mientras que sólo la mano y los ojos están aplicados al trabajo, el espíritu y el corazón se crean un mundo aparte, adonde se van á vivir, pasándoles allá mil aventuras fantásticas que, el semblante de la

será más penoso el trabajo, ó tal vez hasta será estéril.

En vano caen los rayos del sol en el estío sobre una tierra que no se ha sembrado cuando estaba regada por las lluvias.

Si queréis tener qué dar algún día, preparad ahora vuestras provisiones.

Si no queréis encontraros vacías á la hora en que tengáis necesidad de dar, llenad ahora vuestra inteligencia y vuestro corazón, pues que os encontráis al borde de la fuente.

Las personas ocupadas son muy buenas amigas, pues no tienen tiempo de ser curiosas, ni de charlar, ni de sembrar discordias.

71. — ¿En qué clase de trabajos debéis ocuparos?

No tenemos que hablar de la clase de trabajo que debéis ahora emprender, pues en el pensionado os

¡Cuántas veces habéis hecho la experiencia de que el placer de una recreación consiste en haberlo ganado!

3.° *El trabajo utiliza la vida.*

lo trazarán vuestras maestras, y más tarde las necesidades de vuestras familias os lo indicarán.

Solamente diremos: obedeced, sed activas y nunca permanezcáis sin hacer nada.

Y si cuando podáis disponer de vuestro tiempo tenéis que preguntaros: «¿qué debo hacer?», escoged un trabajo que absorba suficientemente vuestra inteligencia y cautive vuestro espíritu. *Más estudio que lectura;* sobre todo más *trabajo manual que sea útil, como el trabajo de arreglar la ropa*, que bordados más ó menos delicados.

Esos pequeños primores, finos y graciosos, compuestos de hilos artísticamente tejidos, *no son un recurso en la necesidad*, puesto que necesitan mucho tiempo y los pagan muy mal.

No son una ocupación suficiente ni para el corazón ni para el espíritu.

Mientras que sólo la mano y los ojos están aplicados al trabajo, el espíritu y el corazón se crean un mundo aparte, adonde se van á vivir, pasándoles allá mil aventuras fantásticas que, el semblante de la joven refiere al ojo observador, que le estudia.

El corazón se ha alejado de la colmena en donde se trabaja, y no volverá á entrar sin alguna herida.

¡Cuántas veces dicen las jóvenes estas palabras: *el trabajo me fastidia; voy á bordar!* Pues bien, sí; que el bordado sea una recreación, pero no una ocupación de todo el día.

Ahora que sois jovencitas de trece años, pensad que un día seréis ancianas de sesenta, y que vuestra vista debilitada no podrá ya serviros para contar los hilos delgados de una muselina ligera; aprended ahora con preferencia el tejido de agujas y de gancho, que se emplea en tantas

tregarse al descanso.

"Hay criaturas de Dios, — dice La Bruyère, — cuya vida toda se ocupa y cuya atención se reconcentra en cortar el mármol, lo cual es muy poca cosa; y hay otros muchos que pa-

obras útiles, y que se hace con mucha más agilidad y perfección, sin exigir el uso de la vista.

72.—¿Cómo se adquiere el amor al trabajo?

El amor al trabajo se adquiere á fuerza de trabajar: es el fruto del mismo trabajo; aquí principalmente puede decirse que el principio es lo que cuesta.

Todo trabajo aplicado trae consigo: primero, el gusto; en seguida, la habilidad que se ha adquirido; y si es asiduo y constante, el éxito será completo.

curso en la necesidad, puesto que necesitan mucho tiempo y los pagan muy mal.

No son una ocupación suficiente ni para el corazón ni para el espíritu.

gonzarse al que se deja dominar de ella.

74.—Efectos de la ociosidad.—La ociosidad condena.

CAPÍTULO II

DE LA OCIOSIDAD

73.—¿Qué es la ociosidad?

La ociosidad es una holgazanería habitual, que hace pasar la vida en la inutilidad, en los placeres y en las diversiones, y que se apresura á terminar la tarea precisa para entregarse al descanso.

"Hay criaturas de Dios,—dice La Bruyère,—cuya vida toda se ocupa y cuya atención se reconcentra en cortar el mármol, lo cual es muy poca cosa; y hay otros muchos que pa-

obras útiles, y que se hace con mucha más agilidad y perfección, sin exigir el uso de la vista.

72.—¿Cómo se adquiere el amor al trabajo?

san sus días en no hacer nada, lo cual es mucho menos que cortar el mármol.

Estos son los ociosos.

El no hacer nada, ni aun tener voluntad de hacer alguna cosa, esto es pereza, vicio repugnante, del cual, afortunadamente, no tenemos que ocuparnos; especie de parálisis voluntaria del alma que sólo deja vivir por los sentidos, alejando de nosotros toda simpatía y dejando poca esperanza de salvación al alma que se deja arrastrar de este feo vicio.

El no hacer nada por negligencia, aunque teniendo el deseo vago de trabajar despues: tal es la ociosidad.

La ociosidad es menos repugnante que la pereza, pero no es menos culpable, puesto que lleva al mismo resultado; sólo que lisonjea á la imaginación con vanos deseos, y no es como la pereza, que hace aver-

gonzarse al que se deja dominar de ella.

74.—Efectos de la ociosidad.—La ociosidad condena.

I. La ociosidad condena al alma cuando forma el fondo de la vida. Abrid el Evangelio, y veréis que dice: «Todo árbol que no lleva buenos frutos, será cortado y arrojado al fuego.» «Hace tres años que estoy viniendo á buscar el fruto de este árbol,—dice Jesucristo,—y no lo he encontrado: cortadlo; ¿para qué ha de estar ocupando todavía la tierra?»

«Á este siervo inútil arrojadle en las tinieblas exteriores, en donde hay llanto y crujir de dientes.»

Estas palabras son terminantes, y ya veis que si estáis ociosas y no hacéis fructificar ni vuestras inteligencias ni vuestras manos, el infierno os espera.

[illegible] dislocados.

La ociosidad impele con violencia á las diversiones frívolas, hace que se busquen con avidez las emociones culpables, y llena la inteligencia de esas pequeñas naderías que la dejan toda la vida fútil y ligera.

Este castigo es terrible; mas lo merecéis porque faltáis al fin para que fuisteis criada.

La planta que nace á la orilla del camino abre su cáliz á la abeja, que viene allí á sacar su miel; luego lo cierra para producir las semillas, que servirán de alimento á los pajarillos del cielo, mientras que sus hojas servirán de pasto á los corderitos.

Á su vez, la abeja dará la miel, el pajarillo la pluma y el cordero el vellón.

Todos los seres tienen su utilidad; todos sirven al hombre, y el hombre debe servir á Dios y á sus hermanos.

El no hacerlo es romper voluntariamente la cadena armoniosa que une á Dios con toda la creación; es hacerse culpable destruyendo la obra de Dios.

Y notad que Jesucristo arroja al siervo inútil, no por haber disipado

te que la pereza, pero no es menos culpable, puesto que lleva al mismo resultado; sólo que lisonjea á la imaginación con vanos deseos, y no es como la pereza, que hace aver-

CAPÍTULO III

el talento, sino por haberlo enterrado.

75.—La ociosidad degrada.

II. La ociosidad, que ofende tanto á Dios, es para el alma una causa de degradación, y es la madre de todos los vicios, como dice un proverbio.

1.° Enerva al alma, quita al carácter el vigor, al espíritu la penetración, y al corazón, haciéndole incapaz de amar, le quita al mismo tiempo toda su frescura primitiva.

Mirad el efecto que produce en el cuerpo un descanso inseguro y excesivamente prolongado; apenas puede arrastrarse, y parece que todos los miembros están dislocados.

La ociosidad impele con violencia á las diversiones frívolas, hace que se busquen con avidez las emociones culpables, y llena la inteligencia de esas pequeñas naderías que la dejan toda la vida fútil y ligera.

Este castigo es terrible; mas lo merecéis porque faltáis al fin para que fuisteis criada.

La planta que nace á la orilla del camino abre su cáliz á la abeja, que viene allí á sacar su miel; luego lo cierra para [illegible]

La joven ociosa, sean cuales fueren más tarde su edad y su posición, no sabrá ver más que dos fases en la vida: *fastidiarse ó divertirse.*

La ociosidad arruina la salud y destruye muy pronto las gracias exteriores. «¿Por qué,—pregunta un moralista,—por qué hay tantas mujeres de veinticinco á treinta años tan nerviosas, tan morosas y tan tristes? ¡Ah! Es porque están expuestas á los estragos de una vida inútil; están acostumbradas á no hacer nada, y el no hacer nada trae el malestar ó la destrucción del cuerpo, así como la falta de ejercicio hace que se vaya creando en el acero el moho que lo carcome.»

CAPÍTULO III

DEL RESPETO

76.—¿Qué cosa es el respeto?

El respeto es un sentimiento de veneración, de deferencia y de sumisión que tenemos para con alguna persona á causa de su excelencia, de su posición ó de su edad.

El respeto es como el recuerdo reflexivo de lo que hay de divino en nosotros mismos y en los demás.

¿No habéis notado que, impulsada por un instinto, del cual ni aun os dais cuenta, cuando queréis hacer el mal os escondéis, no sólo de los demás, sino también de vosotras

cia y es la abnegación, que sabe sacrificarse por los otros.

Si se trata de vuestra persona, respetadla también; ¿y qué cosa es el candor, tan bello y tan puro en la frente de la tierna joven, tan no-